

Diversidad subjetiva de los trastornos del comportamiento

Dra. Emilce Dio Bleichmar

Universidad Pontificia Comillas. Madrid

forum@aperturas.org

Centraré el presente escrito en tratar de delinear cuál puede ser el impacto de la experiencia traumática en el desarrollo de la subjetividad, en niños que descontamos que han sufrido experiencias con adultos que presentaban serias fallas para ejercer sus funciones parentales adecuadamente, lo que se pone de manifiesto por la ausencia o transgresión de las más elementales normas y roles a desempeñar. Para la reestructuración de la personalidad y para la recuperación de estos niños es útil entender la forma particular, individual, de procesamiento de sus experiencias traumáticas, las representaciones en sus mentes de tales experiencias que desembocan en conductas violentas y asociales.

Para ello comenzaré por hacer un breve pasaje por las etapas evolutivas que caracterizan la relación del niño con la norma, continuando con las múltiples funciones que puede cumplir la agresividad para el sujeto que la ejerce, ciertas diferencias en los géneros en el destino posterior de situaciones traumáticas vividas en la infancia, para terminar con algunas recomendaciones para la evaluación y las intervenciones en los trastornos del comportamiento.

Naturaleza y relación subjetiva con la norma

En el primer período del desarrollo -etapa preescolar- la norma no se halla diferenciada del agente que la pone en acción. Para el infante y el niño pequeño, en realidad no existen normas ajenas a la voluntad de un adulto o de otro niño. La atribución de causalidad se limita a confundir la norma con su representante, con la persona que la enuncia. No se trata de normas o reglas justas, inconvenientes, reformables, sino de personas malas o buenas. Los límites necesarios para la adaptación son entendidos por el niño/a como *caprichos* del adulto y el sentimiento del niño ante las imposiciones, límites o reglas podría formularse en los términos ¿qué quieren de mí?

Durante este período evolutivo, en virtud de su indefensión y condición de dependencia absoluta, sus relaciones interpersonales se hallan estructuradas en base a una completa especularidad y/o equivalencia subjetiva entre el sí mismo y el adulto. El niño es egocéntrico - o sea lee la realidad interpersonal en términos propios - de modo que lo que le complace es bueno y lo que le frustra es malo y lo rechaza. Con la misma vara mide las acciones del adulto, o sea, que el adulto es un ser caprichoso que se mueve por deseos de complacerlo o de frustrarlo, y sus sentimientos cambian rápidamente del amor al odio en forma totalmente circunstancial.

En psicoanálisis, denominamos a este período del desarrollo psíquico el período de la legalidad del deseo. El período en que impera la ley del deseo como única norma o regla que rige las relaciones humanas. El niño atribuye poder y es sensible a las líneas de fuerza del poder en la familia leyendo la interacción en términos de quién cumple sus deseos, hace lo que quiere, se impone al otro. Si se mantienen en este nivel presentan una total falta de identificación con las pautas adaptativas y el sistema escolar.

En un segundo momento se llega al conocimiento de la norma pero aún no se halla despersonalizada. El niño/a se la aplica al muñeco o al hermanito pero no a sí mismo/a, puede negarse a comer o contener la hostilidad, sin embargo cuando juega toma el papel del adulto regañando o pegando al muñeco por no obedecerle. Es un primer paso de transformación de la pasividad y dependencia absoluta inicial a un grado de actividad simbólica, podríamos decir en términos actuales virtual, en que se invierten los roles y el niño comienza a ejercer imaginariamente de adulto. En realidad, se está identificando con una suerte de autoridad adulta, que en parte lo limita y lo frustra, pero que también le provee una organización del comportamiento. Si predominan los componentes que caracterizan una buena relación esta incorporación del adulto a su subjetividad estructura un patrón de relación que admite la postergación del deseo propio al conseguir la aprobación y el amor del adulto. La renuncia encuentra una compensación.

La norma se hace colectiva, abarca a todos los adultos, los ámbitos de experiencia se amplían, los agentes se multiplican -guardería, escuela- pero siguen siendo para el niño personas que ejercen su voluntad y no una regulación externa a la persona. La policía son muchos señores que son policías. Este período de internalización incompleta de la norma se caracteriza por la emergencia del temor a ser descubierto y la aparición del sentimiento de persecución y temor al castigo de la pérdida de amor cuando el niño se rebela o termina imponiendo su voluntad. La regulación de la conducta sigue dependiendo de la relación, de la calidad de la misma ya que el niño

aún no ha desarrollado sentimientos de culpa por las consecuencias de sus acciones que sean independientes de la reacción del adulto. De modo que "a escondidas" se desenvuelve como un buen salvaje.

Finalmente se llega a la asimilación de que la norma existe por fuera de los que la enuncian, de los agentes o representantes de la misma. Se comprende la necesidad de la norma como reciprocidad para bien de todos, se desarrolla una instancia intrapsíquica: conciencia moral que permite la autorregulación del impulso, de los deseos individuales, de la agresividad en tanto se asume el daño ocasionado y se experimenta malestar por el estado del semejante.

Esta secuencia evolutiva es muy variable en su cronología y depende básicamente de la capacidad de los adultos de regular sus propias emociones, de modo de reconocerlas y diferenciarlas de las del niño, de la capacidad de cuidado y protección que asegura un marco dentro del cual esta evolución pueda suceder, y de la aceptación que los propios adultos tengan en torno a las reglas básicas que regulan la socialización humana.

Motivaciones que permiten aceptar, incorporar y sostener las normas

La clave del desarrollo pasa entonces por la calidad de la relación afectiva entre adultos y niños; si los adultos tienen capacidades de parentalización adecuadas y predomina la adecuada satisfacción de las necesidades del niño, es fácil que éste se sienta complacido, en caso contrario se instala una sorda lucha de poder entre deseos opuestos, y el niño se vuelve opositor a la adaptación en algún ámbito de la vida: hábitos, aprendizaje, sociabilidad. De modo que, como en muchos aspectos del desarrollo humano, es necesario superar una suerte de paradoja, sólo en el marco de una relación de amor, respeto y cuidados la norma se despersonaliza lo suficiente como para no tratar de vengarse del congénere cuando algo se encuentra un obstáculo de la realidad.

Los niños que son víctimas de abandono, abuso y violencia pueden reaccionar de forma muy diversa pero ese no es el tema que nos ocupa, sino aquellos que reaccionan con trastornos del comportamiento, vale decir, que al considerarse por cualquier razón agraviados reaccionan automáticamente en forma agresiva o transgresora. Ya en la edad escolar presentan signos que anticipan una adolescencia convulsiva: muestran franca hostilidad hacia profesores, adultos y cualquier figura de autoridad, algunos son líderes de provocaciones, amenazas e intimidaciones y otros

se aíslan y son rechazados por sus compañeros; además, pueden presentar serias dificultades cognitivas de atención, planeamiento y consecución de una tarea, bajísima autoestima subyacente aunque puedan comportarse como matones hiperseguros, fracaso escolar, etc.

Distintas funciones que cumple la agresividad/transgresión para el sujeto que la ejerce

Al considerar los trastornos del comportamiento debemos tener en cuenta dos perspectivas de análisis: si el foco recae en quien sufre los ataques, o sea la consecuencia del acto agresivo para una persona o institución desde la cual se enfatiza su carácter destructivo o, si tomamos la perspectiva del sujeto que la ejerce, el significado subjetivo que tienen para él las distintas motivaciones que activan el comportamiento destructivo, la funcionalidad que cumple en su vida. De acuerdo a la perspectiva que se adopte se arriba a conclusiones diferentes.

*** *Forma elemental de reacción ante el miedo,***

La ausencia de reciprocidad que caracterizó la infancia de estos niños conduce a que funcionen con un elemental sentido de protección autoconservativa y sientan la realidad como amenazante. Experiencias tempranas de "terror sin nombre" pueden teñir la experiencia y se ataca antes de entender, de saber de qué se trata. La reacción puede ser automática -de procesamiento cerebral subcortical-, lo que quiere decir que no existe mediación alguna de orden social, moral o afectivo que pueda servir de dique a un impulso como mecanismo de descarga. Este tipo de violencia se denomina también violencia reactiva.

El niño luego puede apelar a darse razones que justifiquen su estallido, pero en realidad estas razones no actuaron de motivación sino de racionalización *a posteriori*, y a veces no guardan la menor coherencia con las acciones habidas. La acusación a algún otro, identificación de un supuesto agresor aparece en estos casos como una defensa, el otro pasa a ser la causa de una amenaza que previamente era indeterminada.

El encadenamiento de la escena infantil se podría entender en estos términos: cualquier situación que altere el precario balance emocional, pánico del niño que a su

vez despierta su propia violencia -captación de su intencionalidad agresiva- doble peligro, mayor descarga automática de agresividad. De modo que, siendo el miedo un poderoso activador de la agresividad, la primera aproximación clínica será interrogarse sobre qué tipo de angustia persecutoria está desencadenando la explosión: angustias persecutorias, angustias tempranas de indefensión, de sentirse en peligro en su integridad física. Primera aproximación clínica ante la violencia ¿qué es lo que lo asusta?

En algunas ocasiones el pánico sufre una metamorfosis y conecta con sensaciones placenteras -ya sea corporales como mentales. Germán de 10 años, niño adoptado, criado en una institución de un país del este hasta los 8 años con severas carencias y sufrimientos, que en la actualidad tiene serios problemas de relación con otros niños, cuenta la historia de un perro más grande que le pega al pequeño: "*le está pegando, le está pegando porque ha sido malo, pero el niño se ríe* (comete un lapsus y pasa a hablar del niño en lugar del perrito). *Se ríe porque le gusta, porque eso es lo que no saben, que le gusta que le peguen, y se ríe. El niño se cae y se hace daño, pero se ríe y salta la ventana y se corta y le duele, pero se ríe, porque le gusta y se escapa y sale corriendo y salta por la ventana a otra casa que tiene de todo, pero no vive nadie y entonces él se queda solo y no deja pasar a nadie y vive sin familia, solo muy feliz*". Cuando se le comenta ¿cómo te va a gustar el dolor? ¡el dolor hace daño! Se ríe y dice: "*pero me gusta*". Fenomenal transformación psíquica frente a una experiencia traumática que permite sentirse activo, capaz de alguna salida o decisión propia ante la total indefensión. El dolor se narcisiza, pasa a ser un valor. En otra escena de dos ositos durmiendo dice: "*No están solos, oyen un ruido afuera y es el ruido de un dragón que mueve las alas y entra por la ventana y se come a los ositos y los destroza y hay sangre y gritan*". Al preguntarle: ¿No había a quién acudir para pedir ayuda?, responde de inmediato: "*¡No! Llegan después y ya es tarde, los niños están muertos y se acabó la historia*".

* **Modalidades defensivas**

Transformación del sentimiento de impotencia en su contrario

La agresividad y la fuerza son poderosos instrumentos psicológicos para restablecer la autoestima en la identidad de un niño carenciado que se siente inferior y que lucha contra esta situación y representación de sí mismo. Cuando el niño observa la escena adulta en que éstos, plenos de furia, imponen la voluntad mediante el gesto, el grito o

el castigo corporal, en la mente del niño se inscribe "están enojados y se hace lo que ellos quieren", y con ello la ecuación: agresividad = poder, agresividad = realización de deseos. El agresivo es representado como poderoso, fuerte, potente. Experiencia que se refuerza con la del niño enfadado, quien por medio de la protesta, el grito, el llanto, el oposicionismo, el golpe, consigue influir en el mundo adulto. La agresividad deja de ser simple descarga y se transforma en instrumento mágico-omnipotente, cada vez que la identidad del sí mismo corra el riesgo de un colapso y haya que restablecer el equilibrio narcisista.

Basta ver cómo un niño asume con cierta artificialidad la identidad de enojado y circula por la casa como si realmente lo estuviera, o cómo alguien da un golpe en la mesa gritando -en esta casa mando yo- para constatar que la agresividad es utilizada y captada como un indicio de dominio sobre los otros y para mantener la ilusión que el deseo se va a realizar. *"Soy fuerte, no débil, los demás tienen que reaccionar, por lo tanto valgo algo"*, será la configuración consciente o inconsciente en la mente del niño. La agresividad ha permitido sacar al sujeto de la posición de sufrimiento, de modo que la agresividad reestructura la identidad del sujeto y del otro. Estamos frente a un poderoso instrumento simbólico para generar una representación valiosa del sujeto.

De modo que ambas condiciones se convierten en fuertes motivaciones que permiten sostener la violencia y su ejercicio como una norma en el psiquismo.

Poderoso instrumento de acción sobre el otro

Sujetos que al percibirse rabiosos toman sus sentimientos de rabia como la prueba de la razón que los asiste, convenciéndose a sí mismos de que la intensidad de su enojo es proporcional a la importancia del agravio. En este sentido, la rabia y la agresividad pueden ser parte de un despliegue histriónico que el sujeto, de una manera inconsciente, hace ante sí mismo y ante los demás para conseguir convencerse y convencer de la razón que lo asiste. Así como la rabia y la agresividad quedan inscritas en la mente infantil como equivalentes a poder, de manera similar debido a que los padres al manifestar agresividad no lo hacen diciendo "me pasa esto, estoy rabioso", y un comentario o explicación sobre su estado de ánimo, sino que atacan y culpabilizan esgrimiendo una pretendida razón o agravio, para que en la mente del niño se inscriba como un patrón asociado. Cada vez que necesite presentarse como teniendo razón, la rabia y las distintas modalidades agresivas pueden ser instrumentos para lograrlo. Expresiones como "darse cuerda" describen el proceso de

autoenardecimiento que tiene lugar en la medida que el propio sujeto se va convenciendo a medida que va estando más violento que esta emoción es garantía que lleva la razón. Este carácter histriónico de la agresividad nos introduce en una dimensión intersubjetiva de la rabia, una forma de presión y acción sobre el otro.

Esta función de la agresividad puede hallarse activada por sentimientos de celos, rivalidad o culpabilidad, sentimientos que serán sistemáticamente procesados en forma proyectiva como intencionalidades del otro, al que se denigra de modo de hacerlo sentir culpable y desembarazarse de la responsabilidad.

Agresividad y sadismo

Esta condición es diferente a todas las anteriores, ya no se trata de una reacción ante el pánico o la frustración en la cual la agresividad tiene como función alejar la causa del sufrimiento propio, sino que se trata de la obtención de placer con el sufrimiento del semejante. Suele combinarse con placer sexual o placer narcisista por lo que tiende a perdurar, a ser una modalidad caracterológica que va más allá de los momentos puntuales que activan la agresividad defensiva. En muchos casos, una condición que comenzó como agresividad defensiva -defensa frente a un progenitor o hermano agresivo- puede sufrir la transformación de placer sádico en hacer sufrir como forma compensatoria y generalizada.

Una vez que es convertida en fuente de placer, la agresividad se desencadena no por la presencia del sufrimiento sino por la activación de una forma de placer que se desea reencontrar.

El uso de la provocación en la búsqueda de vínculo afectivo

También la transgresión agresiva puede cumplir la función de llamada, de modo que el otro acuda, que se haga presente aunque esto acarree el castigo y la descalificación. Constituye una de las formas más habituales en niños de familias no desestructuradas ante frustraciones en el vínculo de exclusividad, al sentirse postergados y relegados en la atención del adulto.

Diferencias entre los géneros en el mecanismo psíquico de la identificación con el agresor

La transformación que se produce en la subjetividad de las víctimas que se transforman en agresoras se halla explicada por el mecanismo psíquico de la identificación, concepto que alude a aspectos del otro que son incorporados a la estructura de la subjetividad como propios. Se trata de un proceso de aprendizaje de patrones de acción y reacción presentes en la escena vivida, pero ante el aprendizaje siempre nos tenemos que preguntar qué deseos o motivaciones lo mueven, ya que no se aprende o incorpora todo lo que se vive. El concepto de identificación incluye el aprendizaje de la acción y reacción más el deseo propio, las razones subjetivas que mueven a tal incorporación. Se trata de un componente personal, singular, que mueve al niño a modelarse a imagen y semejanza.

Podemos describir dos modalidades de este mecanismo. Una forma especular de la acción violenta en la cual el niño pasa a personificar al agresor, asumiendo sus atributos o imitando su acción violenta, de modo de invertir los términos y transformarse de persona amenazada en la que profiere la amenaza (Anna Freud, 1936). Esta modalidad conduce a la transmisión intergeneracional de la violencia, y se observa con mayor frecuencia en la configuración de la masculinidad, varones que se convierten en maltratadores, acosadores, transgresores desafiantes y consumidores de pornografía violenta.

Otra modalidad de identificación es un proceso más complejo, de penetrante cambio en el mundo perceptual de una persona. Explorando los recuerdos tempranos de sus pacientes adultos que sufrieron abusos siendo niños, Ferenczi (1933) halló evidencias de que los niños que son aterrorizados por adultos que están fuera de control, *"se someterán como autómatas a la voluntad del agresor para adivinar cada uno de sus deseos y gratificarlos; completamente olvidados de sí mismos, se identifican con el agresor... La personalidad débil y poco desarrollada reacciona al displacer súbito no con defensas, sino con una identificación guiada por la ansiedad y por introyección del agresor o persona amenazante. El niño "deviene uno" con el atacante"*.

Los pasos del proceso son los siguientes:

- 1.- se someten mentalmente a la voluntad del atacante como autómatas.
- 2.- este sometimiento les permite *adivinar* los deseos del agresor, penetrar en la mente del atacante para saber qué está pensando y sintiendo, para poder anticipar

exactamente lo que el agresor va a hacer y, de esta manera, saber cómo maximizar su propia supervivencia.

3.- se desarrolla una actividad mental de vigilancia, de atención permanente al agresor, de complacencia calibrada con precisión, en sintonía con el agresor como estrategia de supervivencia.

4.- lo que conduce a un paulatino vaciamiento subjetivo, a la desaparición de la vida mental propia, a un actuar disociado completamente de sí mismo.

5.- La identificación con el agresor también incluye sentir lo que se espera que uno sienta, lo cual puede significar tanto sentir lo que el agresor quiere que sienta su víctima particular, o sentir lo que siente el propio agresor. El niño puede incluso compartir el placer que el abusador obtiene haciéndole daño, Ferenczi (1932) observó que un niño traumatizado puede *"volverse tan sensible a los impulsos emocionales de la persona a quien teme, que siente la pasión del agresor como propia. Así, el miedo... puede volverse... adoración. Penetra tan hondo en los sentimientos del agresor, hasta la atribución que éste hace de la maldad del niño, maldad que hace suya y se siente culpable"*.

La identificación con el agresor está en estrecha coordinación con otras respuestas al trauma, incluida la disociación, y se observa con mayor frecuencia en las niñas y mujeres en las cuales, a la larga, puede volverse habitual y llevar a la revictimización.

Consideraciones para el trabajo clínico y la transformación emocional

Como hemos visto, dada la diversidad de configuraciones psicológicas que puede adoptar la agresividad y el rechazo al funcionamiento normativo que presentan estos niños y jóvenes, necesitamos en el período de evaluación entender qué motivaciones sostienen sus comportamientos violentos y cuáles son las situaciones que actúan de activadores de tales comportamientos.

Germán, 10 años, pega, roba, es rechazado por sus compañeros, se opone a las autoridades y al cumplimiento de hábitos por pánico. Se quiere tirar por la ventana por terror a que lo vengán a buscar, se mete debajo de la cama y pone la almohada bajo las sábanas. Quiere esconderse en el armario pero tiene imágenes terroríficas de niños del orfanato muertos y sangrando *"Si me vienen a buscar me meto en el armario"*. Predomina el pánico y la ansiedad persecutoria, siendo su agresividad del

tipo de descarga automática. Germán es un niño adoptado a los 8 años, proviene de uno de los países de la antigua Unión Soviética, que había desfilado por varias familias de acogida hasta terminar en un orfanato.

Rubén, niño de 12 años, pide él mismo acogimiento a los servicios sociales dado el estado de negligencia en el que vive. Atiende a su abuela deprimida que no se levanta de la cama. Sólo comía bollos y decía que no le gustaba la comida caliente. Seductor con las chicas (dibuja a la secretaria mientras espera) luego les pega, se jacta de tener cinco novias y de cuidarlas a todas. Niño que ha sufrido grados extremos de indefensión, terror a ser perseguido y abrumado por la culpa de abandonar a su abuela y de sobrevivir a su familia, *"por mi culpa van a pegar a mi abuela"* (procede de un barrio con bandas callejeras). Ha soñado que lo vienen a buscar para matarlo, *"a mi tío Emilio le pegaron un tiro en la frente, vivía en la casa de enfrente"*. Tiene agitación motriz, descentramiento cognitivo, es hipervigilante, se sobresalta por cualquier ruido y empieza a pegar.

Marisa, 14 años, niña dura, brusca, desconfiada, provocando por la calle, se levanta la falda y enseña las bragas. Susceptible, proyectiva *"a los chicos sólo les gusta toquetear a las chicas"*, al mínimo desacuerdo se asusta, dice que se aburre y maltrata a la educadora. Todo se le erotiza, dibuja paisajes de fuego y llega a comentar: *"cuando me pongo borde todo me excita sexualmente"*.

Germán, Rubén, Marisa tienen diferentes activadores internos que despiertan la conducta automática, cada uno de ellos ha vivido experiencias donde los adultos funcionaban transgrediendo cualquier norma de intercambio humanizado. Deben ser resocializados para adquirirlas, pero para que el trabajo educativo reparador pueda llevarse a cabo con mejores pronósticos, el conocimiento sobre las específicas ansiedades que les activan las conductas violentas y transgresoras es de utilidad.

La labor de resocialización normalizada va a requerir la misma estructura que en el curso del desarrollo normal permite aceptar las normas que nos conducen a la reciprocidad respetuosa, que es el establecimiento de una relación estable, de confianza y comprensión. Esta es la labor que sin lugar a dudas vienen llevando adelante los centros vinculados a la Fundación Internacional O' Belén y gran parte de los Centros de Atención al Menor de las distintas comunidades.

La relación nueva, reparadora que puedan experimentar es la clave de la recuperación y para que esto se dé la clave es que los educadores sean estables, capaces de un compromiso a medio o largo plazo. Estos niños/as y jóvenes tienen que tener

experiencias que les permitan confiar en los valores humanos. Este es el encuentro que tiene que darse, y conocer más en profundidad los mecanismos que los llevan a odiar y ser hostiles puede ayudar a que el encuentro no se malogre, ya que es una labor que exige al máximo trabajar con las emociones complejas que nos despiertan. La sensibilidad y la vulnerabilidad al maltrato es extrema en ellos, y al mismo tiempo tienen que experimentar una condena firme y sistemática de nuestra parte a toda violación del respeto al semejante.

Dos son los recursos a los que podemos acudir para llevar a buen puerto el encuentro reparador: a) el mayor conocimiento posible sobre los efectos del trauma, el curso del mismo en la subjetividad y la parálisis y rigidez de reacciones que les provoca; y b), por otra parte, rebuscar en sus historias la mínima experiencia, acontecimiento, relación positiva -por efímera que haya sido- y utilizarla sistemáticamente como "escenas modelos". Es decir, valorar el grado de resiliencia que presenta espontáneamente la biografía, como es el caso de Rubén, quien es él mismo que pide auxilio -aunque movido por el pánico vital a que lo mataran como a su tío Emilio.

Ofrecer alternativas todo el tiempo, no sólo por el marco institucional que se les brinda de cuidado y atención, por la relación nueva y reparadora de las vivencias traumáticas, sino también metiéndonos con su subjetividad, con su mente que es el rincón donde la violencia permanece agazapada, pero que en cualquier momento hace su aparición. En cualquier clase de narrativa, de juego, de creencia, de opinión que expresen se puede hacer una correlación con la historia de modo de explicar cómo eso que sienten y piensan está vinculado al pasado y a lo que sufrieron, y cuáles pueden ser las posibilidades de acción diferente en el futuro. Que son seres humanos con capacidad de aprendizaje y cambio, que no se olviden de ello.

Un niño de 10 años, cuando tiene que inventar una historia dice *"Érase una niña que se llamaba Inés... y que en clase se presentaba mal... no comía en el comedor... ni obedecía a los profesores"* Los juegos, las narrativas, los comportamientos se caracterizan por la rigidez hiperrealista, no son diferentes a los horrores de las experiencias vividas. Estos chicos no pueden organizar una fantasía, una imaginación donde la mente juegue con otras posibilidades y alternativas, no hay movilidad porque no hay creencia ni convicción en nada distinto a lo que ha sucedido o sigue sucediendo. También podemos ayudarlos a imaginar relaciones y formas distintas de pensar la vida. En estos niños puede haber un cierto divorcio entre el comportamiento -aparentemente cambiado y adaptado que pueden desarrollar- y recovecos mentales en los que se sigue pensando y esperando lo peor.

Bibliografía

Bleichmar, H. (1997) *Avances en Psicoterapia Psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós

Dio Bleichmar, E. (En prensa) *Manual de Psicoterapia de la Relación entre Padres e Hijos*. Barcelona: Paidós.

Frankel, J. (1998) Ferenczi's trauma theory. *Amer. J. Psychoanalysis*, 58: 41-61.

Freud, A. (1936) *El Yo y los Mecanismos de Defensa*. Buenos Aires: Paidós.

Kernberg, P., Chazen, S. (1991) *Children with Conduct Disorders. A psychotherapy manual*. New York: Basic Books.

Vanistendael, S. (2002). *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa